

del Gobierno, de los toros, dei imposto dei consumi e de tuti li mundi. ¡Oh, España, España!

MAR.—¡Bravo, bravísimo, hermosa Lola!

VIZ.—¡Soberbio, linda condesa!

LORD.—(*Acercándose pausadamente y bajo á Lola.*) Dos sientas cuarenta y cinco mil ochosientas veinte libras esterlinas pongo á vuestras plantas. (*Retirándose sin esperar la contestación.*)

LOLA.—¡Olé! Este va á la cabeza.

MAR.—¿Qué me decís? ¿Acceptais mis obsequios? hermosísima española?

LOLA.—Mañana le contestaré. (*Con coquetería.*)

MAR.—¡Oh, gracias! (Mañana seré feliz.)

LOLA.—¡Ja, ja, ja, ja!... (*Burlándose.*)

VIZ.—¿Os habeis decidido? ¿Qué decís?

LOLA.—¿Quién sabe? No hay que perdé la esperansa...

VIZ.—¿No? (Se decide.) Adiós. Y no olvidéis cuánto os adoro.

LOLA.—No lo orviaré... (*En tono de burla.*) ¡Pobresiyos! ¡Ja, ja, ja, ja! (*Se encuentra de frente con el Lord.*)

LORD.—(*Como antes.*) Tres sientas setenta y nueve mil libras esterlinas é un seguro de mi vida pongo á vuestro nombre en el Banco Inglés. (*Se retira como antes.*)

LOLA.—¿Pero, oiga usted, milord?

LORD.—Esto vale mecor que un monarca. Mi, ser otro rey.

LOLA.—(Sí. El rey de oros.) ¿Pero es que osté se ha creído?..

LORD.—(Le parece poco.) Quinientas mil libras esterlinas y dos seguros...

LOLA.—Ah, vamos, dos seguros... (*Todo en guasa.*) Pos hijo, haberlo dicho. Dos seguros e... mucho má seguro... ¡Vaya si lo pensaré!

LORD.—(¡Oh, si lo piensa es mía!) Volveré.

LOLA.—¡Vaya osté con Dio... esaborio! (*Como lisonja y con mucha finura.*)

LORD.—(*Alegre.*) (Ya me echa piropos. Por ahí se empieza.)

LOLA.—¡Ja, ja, ja! ¡Dinero!... Si lo que yo quiero no es eso... Lo que yo quiero es que me armiren, que me busquen, que me deseen... y sobre tóo, que me envidien las mujeres. Esa vaniá satisfecha, vale más que toas las alhajas y toas las riquezas. ¡Pobre gente! Si no hay dinero con que comprar á una española. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA III

DON FLORENTINO. Luego LEONARDI

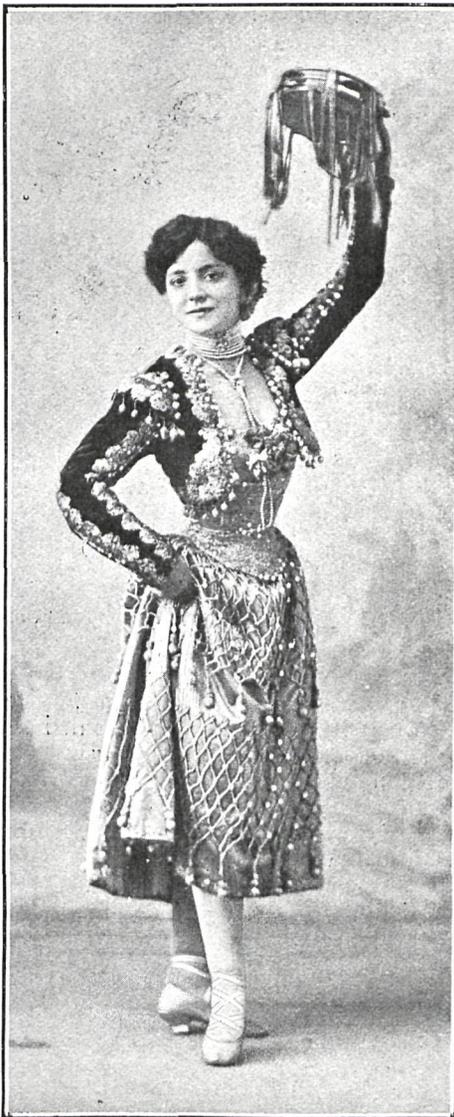
FLORENTINO.—¡Y todo... todo por Maroto! ¡Si, señor, por Maroto! ¡Qué bien se debe de comer aquí!.. ¡Y pensar que á estas horas podía estar yo comiendo como éstos... ó mejor que éstos... en el Palacio Real de Madrid, y verme emigrado, hambriento, recorriendo los cafés, visitando las fondas, en busca de algún compatriota á quien dar un sablazo. Y todo por ese infame que nos ha vendido... ¡El abrazo de Vergara!... ¿Y quién le mandaba á él abrazarse con nadie? ¿Y menos con un nombre?... ¿Y menos con Espartero?... ¡Si yo lo pillara aquí! ¡Ay, Marotito, Marotito!.. Y á todo esto, tengo una debilidad espantosa y no tengo ni una tresena... Pero yo tomo algo. No sé cómo lo pagaré, pero yo tomo algo. ¡Vaya si tomo algo! (*Se encuentra de frente con Leonardí.*)

LEO.—(*Con muchas reverencias.*) Señor, señor. ¿voy desideraba tomare algo?

FLOR.—(El amo.) Ya lo creo que deseo tomar algo.



EL BARON (Sr. Alda)



UNA BAILLARINA
Fots. Borke



EL VIZCONDE (Sr. Galerón)

LEO.—Al momento! Il restoran d'il mio establechimiento e il piu elegante e il piu económico di tuti. In cuesto di manchare Italia se lleva la palma; il primo lugaro. ¡Italia, el pais dei maqueroni! (*Don Florentino trata de hablar tres ó cuatro veces, sin conseguirlo.*) ¿Voi querrá maqueroni non é vero? ¡Oh, il mio cochineru napolitano, il sai condimentarli de cuarenta e chincue manera diferenti. Vedete, señor: Primo modo, maqueroni en tímbal; un altro modo, maqueroni al burro di vaca; un altro modo, maqueroni al pomodoro; un altro modo, maqueroni al suguillo; un altro modo...

FLOR.—¡Eh! ¡*Altro, altro!*... ¿Es que va usted á explicarme las cuarenta y cinco maneras diferentes?

LEO.—Perdonate, señor, ma io deseo...

FLOR.—(¡Ah, qué idea!) Bueno, pues que me traigan una ración de macarrones, de cualquiera de esas cuarenta y cinco maneras. (De ninguna la he de pagar.)

LEO.—Oh, súbitamente seré servito! (*Llamando.*) Franchesqui, Franchesqui.

CAM.—Señor.

FLOR.—(Parece listo este tío, pero yo se la doy. Se me ha ocurrido una martingala.)

LEO.—Tomare asiento, señor.

FLOR.—Muchas gracias. (*Se sientan los dos á ambos lados de un velador.*)

LEO.—Per lo que io comprendo, ¿voi siete español?

FLOR.—Sí, señor, español.

LEO.—(*Riéndose con desprecio.*) ¡Bah!

FLOR.—Y teniente general...

LEO.—(*Levantándose rápidamente.*) ¡Ah!

FLOR.—De los ejércitos españoles...

LEO.—¡Oh! (*Sabudando exageradamente.*)

FLOR.—Si no fuera por Maroto.

LEO.—¡Bah! (*Sentándose otra vez.*) (E un emigrado.)



DON FLORENTINO (Sr. Orejón)

FLOR.—¿Usted fuma? (*Además de sacar la petaca.*)

LEO.—Sí, señor, ma in cuesto momento non me agrada.

FLOR.—No, lo decía para que me diese usted un pitillo.

LEO.—¡Oh, con mili amore! (*Le da una petaca grande. Don Florentino saca un pitillo y luego otros varios que se guarda disimuladamente.*) Io diceva, qui como español voi seré compatriota d'una chélebre española que io tengo l'aitísimo honore d'albergare nel mio hotel.

FLOR.—¿Aquí? (*Guardándose pitillos.*)

LEO.—Sí, señor. Una ilustre española qui ha arribato di Baviera per tomare los baños di ola.

FLOR.—¡Hola! (*Guardándose la petaca distraídamente.*) ¡Pues ésta es la mía!

LEO.—(*Quitándose la servilleta con furia.*) Perdonate, señor, e la mía.

FLOR.—(Lo que yo andaba buscando.) ¿Y quién es esa ilustre compatriota?

LEO.—Una eminentísima artista, balerina de primísimo cartón,



EL PRESIDENTE (Sr. Rodriguez) Fots. Borke

lo, que per il suo artistico movimiento di piernas ha llegado á favorita d'il re di Baviera.

FLOR.—¿Eh?

LEO.—E a condesa de Landsfeld.

FLOR.—¡Caramba! ¿Y se llama?

LEO.—Lola Montes.

FLOR.—(No la conozco.)

LEO.—¿Voi conocherá sicuramente á Lola Montes?

FLOR.—¡Muchísimo! ¡Desde pequenita! (No la he visto en mi vida.)

ESCENA IV

DICHOS y el CAMARERO

CAM.—Aquí están los macarrones.

LEO.—Vedete, señor quel maqueroni. Cuesto e il condimento número treinta e chincue, e ancora restan altri modo. Vedete: maqueroni al horno...

FLOR.—Bueno, hombre, no quiero saber más. El caso es que estoy pensando una cosa.

LEO.—¿Qué?

FLOR.—Que los macarrones á esta hora no van á sentarme bien.

LEO.—¿E per qué?

FLOR.—Porque no estoy muy bien de apetito y...

LEO.—¡Oh, señor, cuesto e un plato delicadísimo! Vedete, señor Olfateati, señor, olfateati... Cuesto si come solo.

FLOR.—Si usted me hiciera un favor...

LEO.—¿Cuale?

FLOR.—Cambiarle estos macarrones por un bistek con patatas. Eso me sentará mejor.

LEO.—¡Oh, con piachere!... Il bistek con patati e la spesialità d'il mio cochineru. (*Al camarero.*) Un bistek, presto, per le

siñor. (*El camarero va á llevarse los macarrones y Leonardi le detiene.*) ¡No! Réstale cui. Io le mancheró. Sono ancora sin almossare. Perdonate, siñor. Cuesto si come solo. (*Come los macarrones, bebe, etc., etc.*)

FLOR.—(¡Qué envidia me está dando este tío!) Pues sí, como iba diciendo, quisiera que me anunciassen á esa compatriota para hablarle de un asunto de mucho interés...

LEO.—Sí, siñor. (*Comiendo.*)

de España que me ha facilitado una *troupe*. Va á ser una fiesta extraordinaria. Dará qué hablar en todas las Cancillerías y Embajadas de Europa. Esto me acredita.

LEO.—(*Viendo al Diplomático y levantándose de pronto. Don Florentino aprovecha la ocasión para picar del plato.*) ¡Oh! Il ministro dei negocio Extrancheri ne la mia casa! ¡Cuánto honore! (*Saludando.*) ¡Ilustrísimo siñor!.. ¿La sua exchelensa desidera manchare? Il restoran d'il mio hotel e il piu elegante e



LOLA MONTES
(Srta. Pretel)

Fot. Borke

LORD WILSHON
(Sr. Arana)

FLOR.—Y que le digan que soy un antiguo amigo. (Si no, no me recibirá.)

LEO.—Sí, siñor. (*Siguen hablando bajo.*)

ESCENA V

DICHOS y el DIPLOMÁTICO

DIPLOMÁTICO.—Todo lo tengo preparado. Gracias al cónsul

aristocrático. Tuti qui vini á manchare cui, sono princhipe, ministro e cocotes, en fin, de la vostra categoría.

DIPL.—No es eso. Lo que yo deseo es que anuncien mi llegada á la señora condesa de Landsfe d

LEO.—¿A Lola Montes?

DIPL.—¡Precisamente!

LEO.—¡Al momento! (*Llamando.*) ¡Salomón! Acompaña, presto, cuesto siñor. Adío, siñor ministro. ¡Adío!

ESCENA VI

LEO.—¿Eh? (*Viendo el plato casi vacío.*) Io credeva que ristan ancora piu maqueroni. . .
 FLOR.—(Ya lo ha notado!) ¡No, no quedaban más! Usted mismo lo ha dicho. ¡Esto se come solo!
 LEO.—Ah, si e vero. (*Sigue comiendo y hablando bajo*)

Guerra ne la mia casa! ¡Cuánto honore! (*Se dirige á él haciendo mil reverencias y contorsiones.*) ¡Ilustrísimo señor! ¿La sua excelensa desidera manchare?..
 GEN.—¿Eh! ¡A mí no me baile usted! Menos movimiento.. y al grano.
 LEO.—¡Oh! (*Mirándole el sable.*) (Cuando un hombre e arma-to cáusami siempre pavura.)



Fot. Borke

LOLA MONTES
(Srta. Pretel)

LORD WILSHON
(Sr. Arana)

ESCENA VII

DICHOS y el GENERAL

GEN.—¡Al que madruga Dios le ayuda! Ese imbécil de diplomático estará acicalándose como acostumbra, y yo, entre tanto, me aprovecharé de la ocasión.
 LEO.—(Que ha terminado de comer.) ¡Oh, el ministro de la

GEN.—Necesito hablar inmediatamente á Lola Montes ¿Se puede?
 LEO.—Al momento. (*Llamando*) ¡Salomón!
 GEN.—No me hacen falta introductores. Basta mi tarjeta. ¿Por allí?
 LEO.—Sí, señor. (*Con miedo*)
 GEN.—Buenos días.
 LEO.—¡Oh, cuel rinocheronte!

ESCENA VIII

DICHOS y el CAMARERO

CAMARERO.—El *bistek* con patatas.FLOR.—¡Ya era hora! Casi se me ha quitado el apetito. (*Levantándose.*)

LEO.—Vedete, señor. Cuesto e un plato delicadísimo.

FLOR.—Sí, pero estoy pensando una cosa, y es, que el *bistek* tampoco va á sentarme bien.

CAM.—¿Tampoco?

LEO.—¿E per qué?

FLOR.—Porque es un plato inglés.

LEO.—¿Y qué?

FLOR.—Que es un plato muy fuerte, y como no estoy muy bien del estómago... Si usted quisiera cambiármelo por unas magras con tomate, las comería contentísimo.

LEO.—¿Magras?

CAM.—(¿Magras?)

FLOR.—Bueno, *mayris* con *tomati*; vamos, jamón...

LEO.—¡Ah, jamón! Sí, e igual.

CAM.—(Pues no es poco delicado este señor.)

FLOR.—Y mientras lo preparan, daré una vuelta por el parque.

LEO.—Sí, e io l'acompañaré per le enseñare il mio establecimiento ¡Vereis qué modernismo! ¡Andiamo! ¡Venete per cui!

ESCENA X

LOLA, LEONARDI; luego DON FLORENTINO

LEO.—(¡Ah! Cuesta e la ocasión.) Señora condesa... (*siempre con reverencias.*)

LOLA.—¿Eh?



EL INTENDENTE (Sr. Mariner)

LEO.—Un español, compatriota de la vostra exchelensa, demanda l'altísimo honore di saludarla.

LOLA.—¿Un español?

LEO.—E il me dice que os conoce di multo tempo.

LOLA.—¿Que me conoce?

LEO.—Sí, siñora.

LOLA.—(¿Quién será?) Que venga, que venga en seguida. (Sólo falta que me descubra.)

LEO.—(*Llamando á don Florentino.*) Señor, venete per cui. Cuesta siñora e Lola Montes.

FLOR.—¿Sí? (¿Qué sablazo la voy á dar!)

LEO.—¡Siñora!

ESCENA XI

LOLA

DON FLORENTINO

FLOR.—¡Excelentísima señora! Vuecencia me perdonará si me tomo la libertad de...

LOLA.—¿Eh?

FLOR.—Pero ¿qué miro?

LOLA.—¡Don Florentino!

FLOR.—Pero tú, pero, vuecencia...

LOLA.—(¡Chist! Cálllese usted.) (Ya lo creo que me conoce.)

FLOR.—Pero, ¿no eres tú Carmen? ¿Carmencita Vázquez?

LOLA.—¡Chist! Sí, la misma; la bailarina que usted conoció en Barcelona en el café de la Alegría.

FLOR.—Entonces, ¿cómo dices?

LOLA.—Cálllese usted y no me comprometa.

FLOR.—(¡Oh! A esta la tengo cogida! ¡Me he salvado!)

LOLA.—Todo ha sido una equivocación y no por culpa mía. Lola Montes y yo disen que nos paresemos mucho en figura en carácter y en profesión.

FLOR.—¡Ya! Sobre todo en profesión!

LOLA.—Las dos somos españolas, las dos somos andaluzas, alguien me tomó por eya, yo no lo he negao, explote su nombre ¡y á vivir!

FLOR.—(Muy bonita martingala.)

LOLA.—¿Y usted? ¿Qué ha sido de su vida?

FLOR.—¡Hija, derrotado!

LOLA.—¡Ya lo veo, ya! (*Por la ropa.*)

FLOR.—Digo, derrotado por los cristinos, emigrado y sin un maravedí.

LOLA.—(Hay que comprar su silencio.) ¿Pero usted está sin un maravedí?

FLOR.—Ni esto.

LOLA.—Bueno, pues desde hoy ha cambiado su situación.

FLOR.—(*Alegrándose rápidamente.*) ¿De veras?

LOLA.—Sí, señor; desde hoy tendrá usted todo el dinero que le haga falta, á condición de que no me descubra usted.

FLOR.—¿Yo? ¿Descubrirte un defensor de la santa causa? ¿Pero tú por quién me has tomado?



UNA BAILARINA Fots. Borke



GERTRUDIS (Sra. Castellanos)

SR. BISANT (Sr. Fonseca)

AMADEO (Sr. Ponzano)

EL PILLUELO DE PARIS

LORETO Prado, la genial actriz, alma y vida del Teatro Cómico, ha tenido la feliz idea de resucitar una obra olvidada ya en los archivos del repertorio y que cuadra admirablemente á sus condiciones artísticas: *El Pilluelo de París*. El público ha encontrado de su gusto la obra y más de su gusto aún la interpretación que Loreto Prado hace de la figura del protagonista, y el Teatro Cómico tiene llenos todas las noches en la sección en que *El Pilluelo de París* figura.

Podríamos, ya que la obra es desconocida ó poco menos para la actual generación, hacer crítica y reseña de ella como si se tratase de cosa nueva, pero nos parece una profanación; la crítica de *Le Gamin de París* cuando se estrenó su traducción en el Teatro del Príncipe la hizo el más grande de los críticos españoles, *Figaro*; su crítica en setenta años no ha envejecido, y al reproducirla hoy nos parece que ha de ser más del agrado de nuestros lectores que darla por olvidada y buscar en unos cuantos tópicos materia con que llenar el espacio que la información gráfica nos deja libre.

Damos, pues, á continuación el artículo de Larra, seguros de que nuestros lectores han de recordar-



PEPITO (Sra. Prado)
Fots. Franzen

le con gusto, ya que si siempre son gratas las obras geniales, lo son aún más cuando los tiempos han transcurrido dándoles el suave y misterioso perfume de lo arcaico, sin quitar, no obstante, el gustillo picante de la actualidad.

El Pilluelo de París

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS

En todo este mes no nos había ofrecido la dirección del teatro del Príncipe más que una novedad, titulada *Una causa criminal*, la cual reputamos en nuestro corto entender tan mala, que el silencio nos pareció el único juicio que de ella pudiera hacerse. Una intriga más embrollada que el mismo país, y media docena de situaciones tan violentas é inverosímiles como una revolución sin hombres, formaban su tejido. Por tanto, la dejamos dormir en paz en el repertorio del coliseo, á donde sin duda ha vuelto silbada y cabizbaja á confundirse con esa multitud de novedades que diariamente se nos dan, y cuya fama no excede la corta vida del cartel que la anuncia.

Pero *Le Gamin de París* es otra cosa. Esta comedia ha producido grande efecto en el país para que ha sido escrita, y su traducción, si no ha llamado gente por la desconfianza que de las novedades tiene el público, ha gustado más de lo que suelen esas composiciones que no están en armonía con nuestras costumbres.

Lo que los franceses llaman *Le Gamin*

de Paris es un tipo original que en ningún otro pueblo del mundo tiene su semejante; producto de la confusión y de la vitalidad de aquella capital, el *Gamin* es propiamente el muchacho de la clase del pueblo que vive, más que en su casa, en las calles y plazuelas, no precisamente haciendo picardías ó aprendiendo para ratero, como entre nosotros se podría decir de los chicos de la candelilla, sino que vagamundeando, travesando, alborota y crece sólo por su propia fuerza, sin apoyo especial de nadie, sino apoyado en la sociedad toda entera que le cobija y da

La intriga de ésta es fácil de exponer á nuestros lectores. El hijo de un general del imperio y noble de nuevo cuño, se ha enamorado de una pobre muchacha del pueblo, y, no creyendo poder conseguir su amor si se presenta con su verdadero nombre, pasa á sus ojos por un artista pobre y la seduce. El *Gamin de Paris*, hermano de la víctima, indaga la verdadera posición del *cuyo*, y cuando sabe que su sangre pobre ha sido deshonrada por la del conde, inventa medios de hallar satisfacción; se avista con el general, y ayudado de una penetración



ELISA
(Srta. Franco)

PEPITO
(Srta. Prado)

Fot. Borke

lugar entre los intersticios de sus diferentes clases é individuos. El *Gamin de Paris* no es, por consiguiente, el Pilluelo, como el traductor ha creído, y más que lo diga Taboada, porque la voz *pilluelo* siempre envuelve una idea mala y alude á un carácter de torcida índole ó viciado que el *Gamin de Paris* no puede tener.

Si el traductor conociese *El libro de los ciento y uno*, esa colección de buenos y malos cuadros de costumbres parisienses, no hubiera calumniado de esa suerte al pobre protagonista de la comedia nueva.

que en nuestras costumbres españolas parece inverosímil á su edad, llega á poner las cosas en términos de que el general satisfaga el honor de su familia obligando á su hijo á casarse con la plebeya hermosa, á pesar del orgullo y de las preocupaciones de clase que parecían separar para siempre los dos corazones unidos por el amor.

Domina en esta comedia, como á primera vista se echa de ver, la antigua lucha suscitada en el siglo XVIII por la filosofía enciclopédica entre el pueblo y la no-



SRTA. MATILDE PRETEL, DEL TEATRO DE LA ZARZUELA, EN «LOLA MONTES»
FOT. BORKE

bleza, lucha amortecida por el despotismo militar del hombre á quien llaman del siglo, porque sujetó al siglo, pero lucha que revivió más viva con la revolución del año 30.

La revolución francesa derribó la antigua nobleza y mató el prestigio hereditario: el hombre del siglo necesitó rodearse de una nobleza por dos razones: Primera, porque habiendo dado en el capricho de descender y de trocar su corona de laurel por la de oro, le era necesario adaptarse á la pequeñez humana creándose un pa-

cosechas cuando otro no da ninguna; por lo cual un hombre da idea cuando otro no da sino sandeces; por lo cual unos son fuertes cuando son débiles otros; ley preciosa, única garantía de alguna especie de orden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual ahora como antes, después como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito ó la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad á la multitud para sujetarla y presidirla.

Y esta fué precisamente la única aristocracia que el



EL GENERAL MOREU
(Sr. Chicote)

PEPITO
(Srta. Prado)

Fot. Borke

lacio, y por consiguiente, hubo de alhajarle con todo el ornato y mueblaje de tal, es decir, con palaciegos.

Segunda, porque si el prestigio hereditario puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son; están en la naturaleza, donde no existen dos pueblos, dos ríos, dos árboles, dos hojas de un árbol iguales; ni se concibe de otra manera un orden de cosas cualquiera: monarquías y repúblicas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular á la gran ley de la desigualdad establecida en la naturaleza, por la cual un terreno da dos

hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas cuyos pergaminos había ido hallando cada cual en los campos de batalla.

El autor del *Gamin de Paris*, llevado de la idea favorita de los escritores de su escuela, pone en contraste la pobre honradez de la familia plebeya artesana y trabajadora, que representa á la humanidad oprimida, con el orgullo, el ocio y el vicio de la familia rica y decorada, que representa el abuso y la tiranía.